



El papel de la voluntad en la construcción de la identidad según Ramón Lucas Lucas

The Role of Will in the Construction of Identity
According to Ramón Lucas Lucas

*Bruno Parra Quintero**

Recibido el 5 de noviembre de 2009

Aprobado el 15 de octubre de 2010

* Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana, actualmente se desempeña como docente en el Colegio Franciscano San Luis Rey, Armenia-Colombia.
Correo electrónico: quipabrun@gmail.com



Resumen

El presente trabajo expone un análisis de lo que Ramón Lucas Lucas entiende por voluntad. Para esclarecer dicho concepto se enfoca en uno de los problemas que más intriga le genera al hombre: el problema de sí mismo, el significado de su propio ser, de su identidad. Para ello, el filósofo en cuestión nos expone de manera concisa y concreta el camino para optar hacia el bien que le es presentado por la inteligencia; ambas facultades humanas constituyen una reflexión crítica sobre las actividades psíquicas del hombre, captando su sentido y el significado de su ser mediante las cosas que realiza.

Palabras clave: Voluntad, Identidad, Ramón Lucas Lucas, Acción Humana, Humanismo

Abstract

The concept of the human will, in “The Paper of the Will within the Constitutional Identity,” by the Spanish philosopher, Ramon Lucas Lucas, tries to clarify one of the most intriguing concepts of man; that is what is the meaning of his life and identity by examining the philosopher’s life. In order to accomplish this, the philosopher gives us an exposition of these concepts using a presentation of human intelligence, human will and critical reflections on the physic activities of man. By using these tools he captures a sense and meaning of man’s being through his activities and actions.

Key words: Will, Identity, Ramon Lucas, Human Action.



Introducción

El hombre ha perdido su identidad y se ha transformado en algo abstracto, en un fantasma privado de su realidad objetiva, *una “anónima víctima para el sacrificio que se inmola sobre el altar de la ideología”* (Lucas, 1993, p. 12) y se reduce a la pura materia o expresión lingüística manipulable por ideologías totalizantes que parten de una sola visión de mundo que desconocen la pluridimensionalidad de la persona, ideologías tales como fascismo, nazismo, marxismo, secularismo, relativismo y materialismo comunista.

Por lo tanto, nuestra alternativa es regresar al hombre, a la autoafirmación de su individualidad¹, bajo el hecho de que él no existe como si fuese una piedra o un perro, sino como un sujeto persona, es decir, “*como sujeto existente libre, capaz de decir yo, de reflexionar, de distanciarse de las cosas*” (p. 74) y hacerse responsable de su vida.

Ramón Lucas (1993) desarrolla el concepto de voluntad a partir de una visión tomista; se parte del fundamento de que “*todo hombre aspira a tener una realización en armonía con su propia identidad*” (p. 75), de ahí que los interrogantes acerca de su realización irrumpen en nuestra existencia y se imponen en nuestro planteamiento antropológico, fragmentando los esquemas modernos del consumismo que plantea su propia realización, no en el ser, sino en el tener y poseer bienes materiales.

Entonces, este artículo pretende hacer un recorrido por la obra de Ramón Lucas rastreando la formación de la voluntad; al mismo tiempo realizar una indagación por bases de datos especializadas teniendo en cuenta la discusión dentro de la comunidad académica, en la cual se evidencia poca referencia al autor en cuestión.

La voluntad

Dice el autor: “En el hombre existe, ciertamente, un apetito sensible que se forma siguiendo el conocimiento sensible. El hombre posee también un conocimiento intelectual, universal, abstracto. Sabe qué es el pan, qué es la carne, qué es el vino y tiene inclinaciones hacia ellos. Por esto el hombre, además de apetito sensible, está dotado también, y específicamente, de un apetito intelectual. A este último lo llamamos voluntad” (Lucas, 1993, p. 161).

¿Qué es la voluntad?

Cuando nos referimos a la voluntad, dejamos claro que es algo propio del hombre, es decir, es algo que le pertenece por su esencia, más no es algo que

1 Sobre este tema se pueden consultar los trabajos desarrollados por Mounier, (1972; 1971; 1979). Además, Marías (2005), Lacroix (1962), Levinas (1977, 1990; 2000)



le llega, que le es dado. Ahora bien, como se encuentra enmarcada dentro de un esquema en el que no podemos llegar a un acuerdo exacto, verídico y preciso dado que su campo de acción está en el hombre, ser ilimitado, vamos a hallar múltiples definiciones del mismo término; sin embargo, habrá entre ellos un camino que está intrínsecamente relacionado con el querer.

El término voluntad procede del latín *voluntas, -atís*, “la capacidad que mueve a hacer o no hacer algo; de ahí que esté intrínsecamente relacionada con la libertad” (Uña, Hernández & Prado, 2004). Es decir, es aquella capacidad que nos impulsa a elegir entre esto y aquello, entre lo bueno y lo malo, lo uno y lo otro, entre otros.

La anterior definición de la voluntad se puede tomar en tres sentidos según el “Diccionario de Filosofía” de José Ferrater Mora (1983):

- *Psicológicamente*, como un conjunto de fenómenos psíquicos o también como una “facultad” cuyo carácter principal se halla en la tendencia.
- *Éticamente*, como una actitud o disposición moral para querer algo.
- *Metafísicamente*, como una entidad a la que se atribuye absoluta subsistencia y se convierte por ello en sustrato de todos los fenómenos.

Bajo estos tres parámetros se da apertura a una caracterización de la voluntad con sus diferentes acepciones del voluntarismo, ya que todos los sistemas voluntaristas proclaman el dominio de la voluntad en estas tres corrientes.

En Aristóteles (1972) la “Voluntad es un deseo razonado, instala el deseo, y la prudencia elige en medio de los caminos posibles lo mejor para realizarse este deseo”, ahora bien, el deseo en Aristóteles es “provocado por la sensación, por la imaginación o por el pensamiento”, de ahí que, en el Estarigita, los deseos aparecen como ya ejecutados y exigen a la razón un medio para poderlos llevar a cabo, hacerlos reales. Así, cada que se escuche la razón y le obedece permite que el hombre delibere en los medios el mejor y pueda así pasar a la acción que se ha querido desear (p. 18).

Para santo Tomás de Aquino (1960) el “alma tiene dos potencias o facultades: la inteligencia y la voluntad. La voluntad es el apetito que tiende al bien, pero no es capaz de conocer por sí mismo sino que apetece aquello que la razón le muestra”. Luego, la voluntad es concebida como una tendencia sin finalidad previamente establecida o comprometida: “La voluntad o apetito

racional es una facultad cuyo objeto es el bien que conoce la inteligencia; y no cualquier bien, sino el bien en toda su universalidad” (p. 80).

La potencia de obrar del alma puede verse aumentada estando sometida a los afectos de forma virtuosa y esta virtuosidad surge de la alegría que experimenta el alma al imaginar su capacidad de obrar; alegría que aumenta en cuanto haya mayor claridad y distinción de la eficacia del alma en formarse ideas adecuadas para el conocimiento de sí mismo.

La voluntad según Ramón Lucas Lucas

Teniendo como punto de referencia el capítulo “El querer humano”, del texto *El hombre, espíritu encarnado* (Lucas, 1993) y, haciendo una confrontación con las anteriores definiciones del concepto de la voluntad, se parte diciendo que, “la existencia de la voluntad es tan evidente que no habría necesidad de pruebas” (p. 161), por ello, no se pretende demostrar, justificar o verificar la realidad volitiva; más bien, nos enfocamos en tener claridad en la definición y ésta nos ayude a desvelar el medio más eficaz y verosímil como punta de lanza para lograr la construcción de la identidad según el autor estudiado.

Ahora bien, la voluntad en Ramón Lucas es “un apetito intelectual” (p. 161). La palabra apetito o apetencia deriva del latín *appetere*, correspondiente a *petere ad*, o sea, “dirigirse hacia algo”. Por ello, cuando una persona dice que tiene voluntad, simple y llanamente está diciendo que tiene capacidad para decidir, programar, iniciar y desarrollar actividades personales. Es decir, es capaz de percibir los valores y hacerlos de suyo, configurarse con ellos, aunque no de un modo absoluto. De ahí que se puede muy bien adaptar a la voluntad la palabra tendencia ya que, “La tendencia es una actividad natural que tiene un fin; por ello lo específico de la tendencia es el fin” (p. 147) y en esto consiste el hecho de nuestra libertad. Y por ella, adquiere la vida humana su significado personal y responsable.

Las tendencias

La palabra tendencia según el autor, se puede entender en dos sentidos: como acción o como capacidad activa de la cual nace la acción (p. 147); en



el primer matiz encontramos el sentido común del tender, ejemplo, un avión tiende a volar, despegar, elevarse. En el segundo está la facultad propia de la cual procede el ejercicio, en nuestro caso sería el medio de transporte eficaz y efectivo para ir de una ciudad a otra. Con esto cabe aclarar que las tendencias no son la voluntad en sí, sino más bien aquel impulso que se necesita para realizar el acto volitivo, es como una anticipación mental que me ayuda a concentrarme en el obrar de la voluntad.

Las tendencias las podemos diferenciar en dos aspectos: “las no psíquicas” o conocidas como apetitos naturales, ya que son propias de la naturaleza del ser y su ejercicio no exige ningún conocimiento para realizarse; por ejemplo: el crecimiento de un árbol, el correr del viento, el canto de las aves, entre otros... Luego están las “tendencias psíquicas” o apetitos elícitos que, procediendo de la naturaleza o esencia del ser, lo hacen no solamente gracias a ella, sino por medio de un acto “elícito”² de conocimiento, que presenta al sujeto de modo intencional (p. 148).

¿Qué relación existe entre la voluntad y las tendencias sensibles?

Lucas Lucas dice que, “la irreductibilidad de la voluntad a las tendencias sensibles es afirmada principalmente por la experiencia cotidiana y por el comportamiento de los hombres (...) Esta proposición se podría demostrar *a priori*” (p. 162), con ello se percibe que la relación de la voluntad con las tendencias sensibles es unilateral, dado que no hay una imposición del uno sobre el otro sino más bien un acto de igualdad que actúa en ellos y a través de ellos, es una especie de encarnación que debe buscar un equilibrio entre la satisfacción de las tendencias sensibles y el bien del hombre en su totalidad.

Para Ramón Lucas L. las tendencias sensibles se pueden clasificar en dos campos: el apetito concupiscible y el apetito irascible (p. 151) y desde cada una de ellas radica el papel mismo de la voluntad. Por lo tanto:

- Se llama apetito concupiscible porque el sujeto tiende hacia un bien, sea esta tendencia una inclinación hacia el bien (se busca) o una aver-

2 De *elicere*, sacar de, hacer salir.

sión al mal contrario (se huye). Ejemplo: el hambre, el sexo, la sed... El papel de la voluntad es esta instancia es más bien de direccionar y controlar.

- Se llama apetito irascible porque el sujeto tiende hacia un bien difícil (lucha) o una aversión al mal difícil (resistencia). Ejemplo: el deseo de poseer, la ambición... Aquí la voluntad lo que pretende es canalizar la energía para obtener el fin propio del hombre.

Con lo anterior encontramos que para la existencia de la voluntad son necesarios dos agentes: las tendencias intelectuales que son las que ayudan a anticipar el fin propuesto mediante un conocimiento lógico y natural. En palabras de Ramón Lucas L. “es un amor al bien considerado en sí mismo” y las tendencias sensibles que tienden hacia la realización y orientación del sujeto mediante un conocimiento sensible para alcanzar el mismo fin.

De ahí que resulta un poco difícil hacer esta clasificación de las tendencias, dado que no podemos distanciar la una de la otra, porque en el fondo hay una inclinación al bien que se contrapone a la aversión del mal, con ello no pretendo hacer una reducción de las tendencias como lo hizo Hobbes (1980) en *El leviatán* dejándolas en el egoísmo, que es la inclinación fundamental del hombre (p. 38). Ni mucho menos clasificarlas como lo hizo Freud, según los instintos fundamentales: instinto de la muerte o de la propia destrucción y el instinto sexual o más conocido como libido.

¿Son la voluntad y el intelecto realidades opuestas?

El autor trabajado dice que “en el hombre las diversas actividades forman un todo y colaboran para que el hombre alcance la perfección en su ser. Con la actividad intelectual el hombre conoce la realidad y percibe el bien y los valores, pero no puede poseerlos y no lo enriquecen a no ser intencionalmente” (Lucas, 1993, p. 162).

La voluntad tiende en primera instancia hacia un cierto bien presentado por el intelecto, es decir, la voluntad por sí misma no conoce el bien dado que no es una facultad cognoscitiva, sino más bien que cada uno de sus actos va presidido por una tendencia psíquica, por un apetito ilícito que le ayuda a encontrar el camino más verídico y, a su vez, que le ayude a potencializarse y a encontrar el bien mayor. Luego, en esta relación análoga entre intelecto



y voluntad surge una característica propia de la naturaleza humana y es la libertad. Entonces, es la voluntad la que tiende hacia el bien y el intelecto el que especifica, detalla, individualiza el tipo de bien hacia el cual tiende constantemente la voluntad.

Es un ejercicio constante que hace distinción de facultades pero que intrínsecamente están unidas para conocer lo que se conoce y querer lo que se quiere; para ello la voluntad utiliza dos herramientas: la auto reflexión y la auto conciencia, la primera en el sentido en que ella misma es el sujeto y el objeto de su propio acto volitivo y la segunda es porque ella misma es consciente del acto que realiza. Cabe recordar que el intelecto y la voluntad no son realidades diversas sino facultades anímicas del ser humano y es el mismo hombre quien conoce y elige lo que quiere para sí, es quien “se contempla aún en camino hacia la realización de su existencia” (p. 22).

Ahora bien, respecto al acto volitivo, Ramón Lucas L. hace un estudio en el que nos explica el proceso por el cual pasa la volición y de esta manera los caracteriza en dos dimensiones:

- *Volición no deliberada*: Se desarrolla a partir de un proceso volitivo que tiene tres fases:
 - Es un *conocimiento intelectual* que presenta al objeto como apto para cautivar o refutar la voluntad.
 - Es *la tendencia interna de la voluntad*, es decir, es la volición misma. De ella se derivan dos perspectivas; la *causa eficiente* siendo el agente propiamente dicho de la volición, es la fuerza que impulsa la actividad volitiva; y la segunda es la *causa final*, es decir, el motivo por el cual la voluntad se decide a actuar en un determinado sentido; esta causa es también conocida como bondad objetiva.
 - Finalmente, esta la tercera fase de la volición no deliberada no es sino un efecto de la volición que fluye sobre *la ejecución* de lo que ha decidido cuando llega el momento de actuar.
- *Volición deliberada*: este proceso para Ramón Lucas L. también consta de tres fases:
 - La deliberación que termina en el juicio práctico.
 - La elección: la capacidad que tiene el hombre de elegir entre una cosa y la otra, de hacer o no hacer una acción. Es el control de los propios actos y el dominio de sí.

- La ejecución de cuanto se ha decidido. Con ello nos damos cuenta de que la volición en cuanto tal “tiende hacia un objeto no con el simple fin de representarlo, sino para abrazarlo y poseerlo” (p. 162).

La naturaleza de la voluntad

La facultad que potencializa al hombre a su mismo ser es aquel apetito intelectual que en Ramón Lucas L. se llama voluntad, por la cual el hombre reflexiona sobre su propia existencia siguiendo un bien conocido como finito y contingente, que no agota la totalidad de su querer y que a su vez le ayuda a poseerse a sí mismo; y a determinar las líneas de realización de su propia existencia, no bajo presión externa, sino sobre la base de elecciones personales libres.

El objeto de la voluntad

El objeto de la voluntad es el bien captado por el intelecto; sin embargo, para que tienda hacia algo, no requiere que sea verdaderamente bueno en realidad, sino que sea apprehendido bajo la razón de bien. Por tanto, el fin de la voluntad es el bien, o lo que aparece como bien.

La voluntad es una facultad distinta del apetito sensitivo, pues, mediante éste sólo se podrán querer cosas para satisfacer deseos orgánicos. En cambio, el objeto formal de la voluntad es el ente como bueno.

Además, hay que señalar que aunque la voluntad se dirija al bien universal no se dirige a éste en tanto que abstracto, sino en cuanto totalidad real y concreta del bien; más como dicha totalidad de bien no se puede tener presente, se dirige al bien concreto y real que la inteligencia capta. Por eso, el horizonte volitivo del hombre es inagotable, insaturable y sólo podría ser saturado alcanzando su último fin.

La voluntad es la primera entre las fuerzas motrices de los seres que tienen entendimiento: ella aplica todas las potencias del acto, pues entendemos porque queremos, imaginamos porque queremos y así las otras facultades.



Cuando la voluntad llega a poseer la totalidad del bien (Dios), toda su energía concupiscible, toda su ansia desaparece, y queda en el reposo y la quietud de la volición del bien, que recibe el nombre de felicidad.

La opción fundamental

El Creador ha puesto en todas las criaturas una inclinación hacia el bien. Cuando un hombre apetece una cosa, podemos distinguir un doble plano en su acto de querer: el bien concreto que se quiere y la razón formal por la que ese bien es amado. Y esa razón formal no es otra que la bondad que esa cosa encierra. Por eso, se dice que las cosas no son buenas porque alguien las quiere, sino que las quiere porque son buenas.

La opción fundamental es la elección por la que cada hombre decide explícita o implícitamente la dirección global de su vida, el tipo de hombre que desea ser; es una elección profunda y libre que orienta y dirige la propia existencia del hombre. La opción fundamental es el núcleo más importante de la persona humana, porque es una elección global con respecto al objeto y a la realidad; una iniciativa que se encuentra implícita en cada elección particular y que la fundamenta. En todo acto libre, la opción fundamental es ratificada, modificada o revisada por completo (p. 175).

La opción fundamental no es una opción determinante, porque siempre le es posible a la voluntad decidir de forma diversa, pero es una opción dominante dado su influjo, cada vez mayor, sobre las elecciones particulares. Es un hábito (*habitus*) de la voluntad que, dependiendo de la dirección tomada, empuja al hombre hacia el bien haciendo que le resulte más fácil de realizar el bien moral; o hacia el mal, obstaculizando el ejercicio de la virtud. En cada nueva elección particular la opción fundamental se renueva, se clarifica y se refuerza hacia el bien o hacia el mal.

El hábito es la repetición de un acto. Si esa repetición tiene un contenido positivo, lo llamamos virtud, si tiene un contenido respecto a los valores negativos, lo llamamos vicio. Pero el hábito como tal se forma por la repetición de actos; podemos hacer repetición de actos físicos y formar un hábito físico o biológico, un hábito espiritual por la repetición de actos espirituales. Entonces, el hábito anticipa el acto siguiente y en ese sentido hace más

fácil la tendencia al bien o la tendencia al mal según el hábito que uno haya adquirido, de ahí que la responsabilidad de los propios actos depende de la voluntad pero también de la adquisición de hábitos que uno va haciendo ¿Por qué? Porque a lo mejor tú tienes un hábito negativo y el acto concreto que hoy haces carece de responsabilidad inmediata, total a lo mejor, pero no de responsabilidad respecto a cuando tú formaste el hábito (entrevista personal con Ramón Lucas, 2009)

El hombre, espíritu encarnado, ejerce la libertad en el espacio y en el tiempo, lo cual hace que su actividad, a pesar de la identidad fundamental, se diversifique en múltiples actos. La opción fundamental está presente en cada uno de estos actos de una forma más o menos explícita, pero siempre como libertad. Es así como en cada acto se verifican las condiciones para un cambio, para una conversión de la inautenticidad hacia la autenticidad o viceversa.

Es necesario subrayar que la opción fundamental, renovada siempre en cada acto libre, está fuertemente influida por las elecciones precedentes, de tal forma que el hombre no cambiará fácilmente su opción fundamental sin lucha y resistencia. Aunque algunas veces la opción fundamental pueda parecer una decisión instantánea en el que la realidad es el resultado de una maduración interior, más o menos inconsciente, durante la cual la nueva opción busca manifestarse en algunas de las acciones de la vida diaria; todavía antes de aparecer explícitamente, la deliberación influye en los actos humanos orientándolos hacia la propia construcción de la identidad (por ejemplo, abandono de un estudio universitario, separación de un matrimonio, entre otras). Las elecciones particulares se verifican entre las diversas posibilidades; la opción fundamental se hace entre un “sí” o un “no”, en el cual el hombre, se acepta o se rechaza a sí mismo de forma incondicionada. Por eso, la opción fundamental se refiere a la propia realización y forma parte del carácter propio del hombre, no como aspecto innato, sino como dimensión adquirida y controlada por la voluntad. (p. 178)

La tendencia natural de la voluntad tiene por objeto esta razón formal de la bondad que todos los entes poseen por el mero hecho de ser. Técnicamente, Santo Tomás (1960) la llama voluntad por naturaleza (*voluntas ut natura*). (p. 94). Es, pues, una tendencia determinada por la naturaleza hacia el bien.



Sin embargo, cuando se habla del bien en general se hace referencia todavía a un nivel puramente formal. Y esta razón formal de bondad se encarna en los bienes concretos; pero como ninguno de estos bienes concretos agota la razón formal de bien (ni siquiera Dios tal como se conoce en esta vida), la voluntad, ante cualquier bien finito, está indeterminada. Y esto es el segundo plano, que se denomina voluntad como razón (*voluntas ut ratio*). Entonces:

Podemos formar la inteligencia pero después no tener voluntad para seguir lo que la inteligencia te presenta o puedes formar la voluntad pero no conocer las cosas y entonces sigues una cosa conocida mal, y hacer un error y si haces un acto malo porque sigues a algo que crees que es bueno pero es malo. (Entrevista personal con Ramón Lucas 2009).

En definitiva, estos dos conceptos designan planos de un mismo acto que pertenecen a la misma facultad volitiva y que a su vez constituyen la identidad humana.

¿Para qué formar la voluntad?

La firmeza de la voluntad es el secreto para llevar a cabo empresas arduas; con esta firmeza comenzamos por dominarnos a nosotros mismos, primera condición para gobernar a los demás y para ponernos al frente de los negocios. Todos experimentamos que en nosotros hay dos hombres: uno inteligente, noble, activo, de pensamientos elevados, de deseos nobles, conformes a la razón, de proyectos arduos y grandiosos. El segundo que es torpe, soñoliento, de miradas mezquinas, que se arrastra por el polvo, que suda de angustia al pensar que se hace preciso levantar la cabeza de la miseria. Para el segundo no hay más que mero presente, no hay ni el pasado ni el mañana sino sólo el goce del ahora, contrario al primero, dado que para este hay enseñanzas del pasado, la vista del porvenir le despierta ánimos, hay otros intereses que los del momento, los pasajeros (p. 75). Hay una vida demasiado ancha para delimitarla a lo que le afecta en el instante. En otras palabras, para el segundo el hombre es un ser que se sienta y goza; para el primero el hombre es un ser, una criatura racional que desdeña hundir en la tierra su frente y levanta la cabeza con generosa altivez hacia lo infinito.

Para todo adelanto sólido y estable conviene desarrollar al hombre noble y sujetar y dirigir el segundo. Quien se ha dominado a sí mismo, domina

fácilmente a los demás; por ello, una voluntad formada es firme y constante, decidida y resuelta, marcha a su objetivo sin acobardarse por obstáculos ni fatigas ya que por sí misma, y prescindiendo de todas las demás cualidades de quien la goza, ejerce poderoso ascendente sobre los hombres, los juzga y somete dado que, la verdadera voluntad del hombre, dijo uno, se funda en lo que es y en lo que tiene.

Formo la voluntad para que tú puedas ser tu auténtico ser y realizar tu auténtico ser. La voluntad es una capacidad, como dijimos, que hace actos y esos actos tienen que ser actos coherentes con tu auténtico ser, entonces, tú formas tu voluntad para que los actos que tú haces sean actos en coherencia con lo que tú debes ser. (Entrevista personal con Ramón Lucas 2009).

¿Cómo formar la voluntad?

“Inteligencia y voluntad humanas son una realidad sumamente plásticas por lo cual el hombre puede ser *quodammodo omnia*” con ello, Ramón Lucas L. quiere rescatar la intención de salvar lo específico del pensamiento humano y la individualidad de este pensamiento en cada hombre, es decir, busca un equilibrio entre la razón y la vida (Lucas, 1997, p. 119). Por ello es tan importante llegar a cosas concretas de nuestra vida ya que serán esos pequeños detalles los que nos forjarán como hombres militantes y valederos desde lo que somos y no por lo que poseemos.

La voluntad en acción

Después de haber leído la intervención de Jacques Delors ante la UNESCO (1994), y valorando estos aportes que siguen teniendo fuerza en nuestro contexto, cabe darle vida y practicidad a la aproximación que se ha hecho al pensamiento de Ramón Lucas buscando demostrar la relevancia histórica y hermenéutica de la voluntad, la inteligencia y la libertad.

Claves para una buena formación de la voluntad

Ante las exigencias del mundo actual, cada individuo en formación ha de tener elementos que le permitan navegar en medio de las diferentes ideologías

totalizantes, sin pensar que ellos serán los únicos a los cuales puedan recurrir dichos paradigmas; quien se educa ha de tener presente que cada día ha de aprovechar los diferentes elementos que se presenten para actualizar el primer saber, de esta forma, la educación ha de ser una experiencia global que dure toda la vida en los planos cognoscitivos y prácticos (p. 96).

Estos dos elementos, la educación como carta de navegación y la apertura a las actualizaciones continuas, nos ofrecen una nueva concepción de la educación, la cual debe “llevar a cada persona a descubrir, despertar e incrementar sus posibilidades creativas, actualizando así el tesoro escondido en cada uno de nosotros” (p. 98).

Para responder a los retos que el mundo presenta, la educación ha de ser integral, en la que se busque el replanteamiento de los esquemas educativos para ofrecer una formación a la vanguardia y necesidad de cada tiempo.

Si no conoce bien la realidad, la voluntad va a tender hacia una cosa que no es correcta, hacia un error, cree que la cosa es buena pero en realidad es mala; entonces, la clave principal es ante todo conocer bien la realidad, formar bien la inteligencia para no caer en corrientes que son contrarias a lo que es la realidad; de tipo empiristas, de tipo relativistas, de tipo nósticos. Y segundo, formar bien la voluntad para que una vez se conozca el bien, se pueda tener la capacidad y la fuerza de seguirlo.

Ser y conocer

En diferentes vallas publicitarias de la ciudad de Medellín se ha insistido en el aspecto de que el eje de la transformación social es la educación; esto es cierto, ya que, “la educación debe contribuir al desarrollo global de cada persona: cuerpo y mente, inteligencia, sensibilidad, sentido estético, responsabilidad individual, espiritualidad” (p. 106). Se revela de esta forma que la clave de una transformación social en pleno siglo XXI es, sin duda alguna, el retorno a la importancia del hombre como ser integral, que lo lleve a determinar por sí mismo qué debe hacer en las diferentes circunstancias de la vida.

Este retorno a la importancia del ser del hombre tiene en cuenta que él tiene la capacidad de interrogarse por sí mismo, de cuestionar, pues “los interrogantes fundamentales del hombre nacen del hecho de que él no existe

como un perro o un piedra, sino como sujeto personal, es decir, como sujeto existente libre, capaz de decir yo, de reflexionar, de distanciarse de las cosas. Su existencia no sigue ciegamente los ritmos de la naturaleza. El hombre se da cuenta de que vive y de que es responsable de su vida” (Lucas, 1993, p. 74). En otras palabras, el hombre siente que una vida que no es reflexionada está abocada al sinsentido y de ahí que no es vivida en su totalidad.

Así, la recuperación de la interioridad del hombre permite avanzar en la consecución de la gran aspiración de éste: lograr la felicidad, no como utopía sino como camino, buscando entrar en armonía consigo mismo y con los otros. Sólo cuando comienza a alcanzar esta armonía respeta la dignidad de los otros, propiciando de este modo un ambiente que haga frente a la crisis del hombre de hoy (crisis de valores), que se va marcando cada vez más en nuestro entorno, desde allí habría que optar por el hombre, pues cuando se hace opción por él comenzamos a salvarlo del anonimato en el que lo envuelve la sociedad actual y le devolvemos su dignidad como individuo.

Recuperar la importancia del ser nos lleva a descubrir que “la educación es ante todo un viaje interior cuyas etapas corresponden a las de la maduración constante de la personalidad” (Delores, 1994, p. 108).

Ahora bien, es interesante ver cómo la educación tiende hacia el manejo de los instrumentos del saber, lo cual genera una inquietud frente al sistema de investigación, pues al considerarse este tipo de aprendizaje como medio y finalidad de la vida humana, el hombre busca aprender a comprender el mundo que lo rodea, al menos suficientemente para vivir con dignidad buscando desarrollar sus capacidades profesionales y la plena comunicación con los demás para justificar el placer de comprender, conocer y descubrir su propia identidad. Por ello existe el peligro de rechazar otros saberes,

En nuestros días una mente verdaderamente formada necesita una amplia cultura general y tener la facilidad de estudiar a fondo un pequeño número de materias. De un extremo a otro de la enseñanza debemos favorecer la simultaneidad de ambas tendencias (p. 117).

¿Qué quiere decir eso? Que en la realización de la identidad de la persona humana no basta solamente con tener capacidad, sino con el ejercicio de esa capacidad de forma adecuada, en la que se conozca la cultura en general y propicie una apertura a otros lenguajes y conocimientos.



Hacer y convivir

Una de las grandes preocupaciones que se enfrenta al momento de transmitir un conocimiento determinado es la que surge cuando nos encontramos ante la pregunta: ¿para qué sirve? Este interrogante conduce al hombre frente al hacer, la acción que estaría estrechamente vinculada a la cuestión de la vida profesional: “¿cómo enseñar al alumno a poner en práctica sus conocimientos y, al mismo tiempo, cómo adaptar la enseñanza al futuro mercado del trabajo, cuya evolución no es totalmente previsible?” (p. 99).

Al enfrentarnos a la pregunta sobre la utilidad de un conocimiento en particular, se ha de partir de la idea de que “el hombre es aquello que hace, o mejor, aquello que con el trabajo se hace” (Lucas, 1993, p. 11), dejando entrever que el hombre es un ser que evoluciona al mismo ritmo de las herramientas que se encuentran a su disposición, de tal forma se exige un conocimiento más específico, aquello que hace es cada día más específico y, aquello con que lo hace es de igual manera algo más especial.

Ante una necesidad de especialización en diferentes saberes, la educación debe mostrar el vínculo existente entre los diversos aspectos del aprendizaje, promoviendo la capacidad de trabajar con los demás en la solución de conflictos, de tal forma que “la relación con la materia y la técnica sea complementada por una aptitud para las relaciones interpersonales”, (p. 102) que se hacen urgentes cuando el conocimiento aparece fragmentado.

Conclusiones

La máxima importancia de la formación de la voluntad radica en que el hombre, en la medida en que es libre es dueño de sí mismo, de los propios sentimientos, de las variaciones de los estados de humor e instintos, de tal manera que se pueda realizar la opción fundamental de su vida bajo cualquier circunstancia.

Una voluntad bien educada es guiada por la inteligencia, es decir, está lejos del capricho y del irracionalismo. Es eficaz y constante en querer buscar siempre el bien. Es tenaz en las dificultades logrando triunfar en cada una de ellas, ya que son un reto y una experiencia nueva en las que una voluntad

bien formada gobierna todas las dimensiones humanas con suavidad, con forma y firmeza en el fondo.

El papel de la voluntad en la construcción de la identidad se puede ver desde dos perspectivas. La primera es la perspectiva de la voluntad como una facultad de la persona humana, una facultad de orden superior cuyo objeto es el bien conocido por la inteligencia y, bajo ese aspecto, forma parte constitutiva de la identidad de todo hombre; todo hombre por el hecho de serlo tiene esta capacidad, tiene esta facultad. Pero la facultad realiza determinados actos, que son los actos voluntarios libres y eso no necesariamente todos los hombres los hacen; pues un niño recién nacido no hace un acto voluntario libre. ¿Qué quiere decir eso? Que en la realización de la identidad de la persona humana no basta solamente con tener su capacidad sino con el ejercicio de esa capacidad de forma adecuada.

Todo esto es posible en la medida en que cada persona sea consciente, constante y decidida para buscar inquebrantablemente el verdadero bien, con esto no me refiero a una represión ya que sería contradictorio a lo que se busca, sino más bien a una firmeza de querer, querer que implica un amor profundo y seguro y que conlleva a tener una personalidad auténtica y madura para lograr así la felicidad.

Referencias

- Blondel, Maurice. (1967). *El punto de partida de la investigación filosófica*. Barcelona: Herder
- De Aquino, Tomás. (1960). *Suma Teológica*. Madrid: BAC
- De Hipona, Agustín. (1963). *De la vida feliz*. Madrid: Aguilar.
- Lacroix, Jean. (1962). *Marxismo, existencialismo, personalismo: presencia de la eternidad en el tiempo*. Barcelona: Fontanella.
- Lévinas, Emmanuel. (1977). *Totalidad e infinito*. Salamanca: Ed. Sígueme.
- _____. (2000). *Ética e infinito*. Madrid: A. Machado Libros, S.A.
- _____. (1990). *La ética*. Madrid: Ed. Pablo Iglesias.
- Lucas, Ramón. (1993). *El hombre, espíritu encarnado*. Madrid: Edicizioni Paoline.
- _____. (1999). Identidad humana y fin del milenio. *Thémata*, 23.

- Marden, Orison. (1915). *El poder del pensamiento*. Barcelona: Parera
- Marias, Julián. (2005). *La felicidad humana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mounier, Emmanuel. (1971). *El personalismo*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- _____. (1972). *Manifiesto al servicio del personalismo: personalismo y cristianismo*. Madrid: Taurus.
- _____. (1979). *Aproximaciones al misterio de la persona*. México: Jus.
- Payot, Julio. (1901) *La educación de la voluntad*. Madrid:

